

pequeña limosna, á fin de que pueda aliviar á sus pobrecitos hijos; y después, con lágrimas de reconocimiento en los ojos, os dirá: "Gracias, gracias, buenos niños; me habeis salvado la vida á mí y á mis pequeñitos; ¡Dios os lo premie!" Y Dios, oyendo sus súplicas, os amará más, preparándoos, después de una vida tranquila y una muerte dichosa, una gloria eterna.

CAPITULO IV.

Alegrías de la caridad.

Os he dicho al principio que la caridad hace feliz al que la ejerce. Si mis queridos niños y niñas, al que ama á los pobres Dios le bendice; puede extraviarse alguna vez, pero tiene siempre santas inspiraciones que le vuelven al buen camino, es decir á las creencias y á las satisfacciones de sus primeros años....; y después hay en la caridad una dulzura inefable, alegrías misteriosas. Es verdaderamente cierto que dar á los pobres es enriquecerse, porque las buenas obras jamás se pierden.

Muy á menudo sucede que ya en es-

para todos, son pacientes, esperan, y al último acaban por establecer entre esos viejos un espíritu de paz y de fa-

mi madre; hoy es la feria, y voy á hacerle un pequeño regalo; tiene mucha necesidad de él, pues á veces llora por no tenerlo.... y si le hubiese dado mi dinero, lo habría gastado para noso-

ta vida son recompensados tales sacrificios. Hay mil pruebas de esta verdad, y voy á citaros una.

Hace algunos años un joven salía del Ministerio del Interior donde trabajaba, con el corazón alegre y el bolsillo provisto con cinco monedas de oro que le acababan de entregar como gratificación. Era un joven bueno, generoso, de los que llevan el corazón en la mano; cumplía con toda exactitud con sus deberes, pero sin ambición; era una de estas personas que no sirven, como se dice, para hacer fortuna, á menos que la suerte les depare el primer premio de la lotería. No podía creer que el ministro fuese tan generoso; y así había pedido al cajero, antes de cobrar, si verdaderamente aquel dinero le estaba destinado; con su respuesta afirmativa se resolvió á cobrarlo; iba alegremente, prometiéndose ir al teatro para celebrar el acontecimiento. Haciendo sonar las monedas en el bolsillo, se dirigió hácia la calle de Bac. Cuando llegó cerca á la calle de Lille, vió en un rincón una cabeza cubierta con un sombrero raído, del cual colgaba un

pequeña limosna, á fin de que pueda aliviar á sus pobrecitos hijos; y después, con lágrimas de reconocimiento en los ojos, os dirá: "Gracias, gracias, buenas gracias."

viejo velo verde; al mismo tiempo vió que le alargaban una mano enguantada con el más ruin guante.... Pensó que se las había con una vieja, y se dijo: "¡Pobre vieja! mientras que yo me encuentro con dinero, casi sin saber por qué, ella tiene que pedírselo á los que pasan la mayor parte de las veces en vano; tal vez no ha comido, y casi es seguro que no sabe ella misma dónde podrá dormir. No hay más: voy á darle una de mis monedas de oro..." Sacó de su bolsillo una pieza de oro y se la dió... y antes que la mujer pudiese volver á la sorpresa que le causó una limosna tan generosa, le dijo: "¡Valor buena mujer! mi moneda os llevará dicha; porque en verdad nada hay tan voluble como la fortuna: hoy blanco, mañana negro; ayer sin zapatos y al cabo de pocos días en coche. La mendiga suspirando, y teniendo siempre su figura tapada con el velo, repetía: "¡Es demasiado, es demasiado!" Y nuestro joven ya no la oía, alejándose á todo andar, cuando de pronto pensó que la pobre mujer no se atrevería á cambiar su moneda de oro; volvió so-

mi madre; hoy es la feria, y voy á hacerle un pequeño regalo; tiene mucha necesidad de él, pues á veces llora por no tenerlo... y si le hubiese dado mi limosna, la habría gastado para noso-

bre sus pasos y le deslizó una moneda de treinta sueldos en las manos. Tanto bondad la confundió, y estaba aún dándole las gracias cuando él se encontraba ya en el puente Real. Habiendo llegado el joven á su séptimo piso, satisfecho del buen día que acababa de pasar, no se acordó de ir al teatro.

Muchos años después, este buen muchacho continuaba trabajando todavía en el Ministerio del Interior y habitando su buhardilla; sus haberes no habían aumentado y tenía algunas deudas y poca esperanza de ser rico.... Al cruzar una calle se encontró con un coche magnífico que se paró delante de él, y una joven se asomó rogándole que se sirviese presentarse en su casa, de la cual le dió las señas.

No sabía qué pensar del encuentro que acababa de tener. No obstante, presentóse en el lugar señalado, y la dama, habiéndole recibido con gran amabilidad, le dijo: "Caballero, no me equivoqué; Vd. es la persona que yo buscaba; vuestra fisonomía quedó grabada en mi memoria. Hace mucho tiempo que mis ojos le iban buscando

pequeña limosna, á fin de que pueda aliviar á sus pobrecitos hijos; y después, con lágrimas de reconocimiento en los ojos, os dirá: "Gracias, gracias, bue-

por todas partes; ¿se acuerda Vd. de una mendiga á la que dió Vd. una moneda de oro? ¡Era yo, era muy desgraciada, luchaba contra la miseria y el hambre! La moneda de oro que Vd. me entregó, héla aquí." Y abrió un hermoso medallón dentro del cual guardaba la moneda. "La guardaré toda mi vida, añadió, pues como Vd. me pre-dijo me llevó dicha. Ya ve Vd. que mi posición ha cambiado completamente; mi reconocimiento no tiene límites, pero no sé cómo probárselo á Vd." Nuestro buen joven, después de haber manifestado á la dama lo mucho que se alegraba de su cambio de situación, iba á retirarse; la dama le detuvo para suplicarle que se contase en el número de sus más íntimos amigos. Algún tiempo después le proporcionó una brillante posición.

Pero la caridad hace sobre todo bien al alma. . . . ¿Deseais ser mejores y más dichosos? sed caritativos. . . . Vuestro corazón, yo lo sé, ama lo bueno y está inclinado á la virtud; pero vuestra desgracia está en olvidar. . . . Sucede á menudo que vuestra alma está llena de

mi madre; hoy es la feria, y voy á hacerle un pequeño regalo; tiene mucha necesidad de él, pues á veces llora por no tenerlo. . . . y si le hubiese dado mi

generosos sentimientos; después de haber cometido una falta, prometeis no caer otra vez, y lo haceis con sinceridad; un cuarto de hora después, se os presenta una ocasión; ¡adios, hermosas resoluciones! olvidais las promesas hechas, y teneis el pesar de encontraros débiles como antes de hacerlas. Oh! sed caritativos, y Dios os traerá á la memoria en tiempo oportuno vuestra buena voluntad. Os enviará un Angel que arrimándose á vuestro corazón le dirá con la más hermosa melodía: "Hijo mío, recuerda que has prometido portarte bien; hazlo, y no tendrás que arrepentirte de nada."

¿Deseais hacer mejores á los demás? hacedles caridad.

Un soldado, en Metz, estaba en una iglesia orando fervorosamente, creyendo que nadie le veía. Entre tanto un sacerdote, desde el fondo de un confesionario, le estaba observando con ternura, y cuando el soldado salió de la iglesia, le siguió para saber en qué cuartel habitaba. El buen militar tropezó por el camino con dos niños que se estaban batiendo y los separó con

pequeña limosna, á fin de que pueda aliviar á sus pobrecitos hijos; y después, con lágrimas de reconocimiento...

dulzura, diciéndoles: "Amigos míos, no os batáis así, esto no está bien." Y después añadió á su sermón dos cuartos para cada uno, recomendándoles que procurasen portarse mejor, y se fué. El sacerdote, que estaba observándolo todo, se acercó y preguntó á los niños, y ellos le explicaron lo que acababa de pasar. El uno de ellos añadió: "Yo creía que todos los soldados eran malos y que no tenían un cuarto; y éste parece bueno. Voy también á ser bueno como él. . . .—Y yo también, dijo el otro.

El buen sacerdote, viendo sus buenas disposiciones, se interesó por los dos niños, y los colocó de aprendices. Su amo, sabiendo su historia, les daba unos cuartos cada semana para estimularlos. El uno daba á su madre una parte de este dinero y guardaba el resto. Su amo lo advirtió, pero nada dijo; esperó, y un día preguntó al niño qué hacía del dinero que le daba. "Lo doy á mi madre," le contestó; al mismo tiempo se ruborizó, y al último dijo á su amo: "Me he guardado nueve reales para comprar un pañuelo para

mi madre; hoy es la feria, y voy á hacerle un pequeño regalo; tiene mucha necesidad de él, pues á veces llora por no tenerlo. . . . y si le hubiese dado mi dinero, lo habría gastado para nosotros; es tan buena, que se priva de lo necesario para darnos gusto. . . ." Hé aquí de qué modo la caridad del buen soldado había logrado convertir dos pilletes callejeros en buenos hijos.

En la caridad todo lo que se hace es dulce al alma; todo lo que se dice es bueno para el corazón. Por medio de la caridad abríreis un camino á las alegrías misteriosas, á las ternuras inefables del alma. Por ella aprenderéis también á gozar de los beneficios de Dios. Después de haber hecho una limosna á los pobres, después de haber socorrido una miseria, regresaréis á vuestra casa con el alma libre y satisfecha, conoceréis mejor la felicidad de vuestra posición; os sumergiréis en vuestro presente bienestar, le tomaréis el gusto, le saborearéis, bendeciréis la Providencia que os lo ha dado, que os ha colocado en estado de hacer felices á los desgraciados. En la cari-

medio más infalible de serlo vosotros mismos.

dad encontraréis la dicha más grande de la vida; no busqueis otra más completa; es inútil, no la encontrareis. Vuestra imaginación á veces sueña hermosos proyectos para el porvenir, forma magníficos castillos en el aire; pero es seguro que sólo mostrándoos caritativos con los pobres encontraréis la verdadera felicidad.

Lejos de mí hijos míos, el pensamiento de entristecer vuestra alma; ¡oh! nó, al contrario, os deseo mucha felicidad. ¡Ah! sed dichosos; que Dios no mezcle muchas lágrimas en vuestra vida, que os llene de bendiciones! Pero debo repetiros que no encontraréis jamás alegrías más cumplidas, más embriagadoras que las que proporciona la caridad; ¡nó, jamás, jamás!... Buscamos la felicidad lejos, y la tenemos cerca de nosotros. Un simple *Dios os lo pague* de un pobre, una sonrisa, una lágrima enjugada, basta para hacernos dichosos muchos días, á veces para toda la vida.

En una calle de París se encontraron dos hombres que antes habían tenido gran amistad y que habían estado se-

reales para comprar un pañuelo para

parados desde su juventud; el uno iba vestido de sacerdote; el otro le interpelló diciéndole:

—¿Cómo? ¿tú eres sacerdote?

—Sí, respondió el primero, soy sacerdote y religioso al mismo tiempo; y tú ¿qué haces?

Yo llevo una gran vida, he olvidado completamente las ideas del colegio, y para no ocultarte nada, ahora voy donde tal vez no debería ir.

—No irás, replicó el sacerdote, vendrás conmigo.

—¿Dónde vas?

—Voy á llevar algunos auxilios á una familia pobre; vén, y verás una pequeña muestra de la miseria de París.

—¡Oh! no quiero ir, no tengo ningún deseo de ver desgraciados; me causa daño verlos.

Pero el buen sacerdote se lo llevó casi por fuerza. Llegadós á la casa, he aquí que nuestro hombre, herido de la más profunda compasión en vista de tanta miseria, y sobre todo al contemplar un jovencito de 14 á 15 años, enfermo y tendido sobre un montón de

medio más infalible de serlo vosotros mismos.

harapos, no lo pensó dos veces, tomó su bolsa, y al punto la vacía toda entera en las manos de los padres del infortunado niño. A la vista de la alegría y del reconocimiento de aquella pobre gente, sintió rodar una lágrima por su mejilla, y volviéndose á su compañero le dijo: "Te agradezco muchísimo el haberme proporcionado tanta felicidad: ¡Cosa extraña! en mi vida me he encontrado tan feliz; lloro de veras." Y diciendo esto, se enjugaba las lágrimas; y, desde este día, volvió á la fe de su madre, y á amar á Dios como en su infancia.

Sí, en verdad, hijos míos. tenía razón; hé aquí la dicha, hé aquí la verdadera vida, la vida del corazón á la cual aspiramos todos. Lo demás no es vida.

Vivir, mis queridos niños y niñas, es sentir, es amar, es ser amado, es hacer amar; es llevar el bien á los pobres, á vuestros amigos, á vuestros padres; si, sobre todo hacéd dichosos á vuestros padres, no puede ser malo para con ellos quien es bueno para los pobres. No me habléis jamás de un hombre que no es

reales para comprar un pafuelo para

lla más es muy poca cosa, llevála con las mías." La niña lo hizo apresuradamente. La polla creció é hizo huevos, los huevos se transformaron en polluelo, lo que no había sido previsto por

haya encontrado cerca de la desgracia, que no se haya sentado nunca en una habitación en medio de una familia desolada, que no haya vertido una lágrima del corazón á la vista de una miseria; este sér no es un hombre. No ha vivido: no conoce las hermosas y santas cosas del alma, no sabe consolar, no sabe amar. No es un corazón que siente, es una especie de máquina que funciona.

El que ama á los pobres tiene un paraíso anticipado sobre la tierra.

¡Oh alegrías inefables de la caridad! ¡Oh misteriosos y divinos arrobamientos! ¡Oh! ¡quién me diera desgraciados que consolar, lágrimas que enjugar, caídos que levantar! Hijos míos é hijas mías, dad de mano á todas las felicidades vulgares y comunes del mundo, felicidad del cuerpo, felicidad de la vanidad, felicidad de la gloria; y apode-raos de la verdadera felicidad. Haced dichosos, hacédlos en abundancia; es el medio más infalible de serlo vosotros mismos.